

traerles el beneficio de una moral mas justa y de un culto mucho mas puro. Háse oido referir los trabajos de un san Francisco Xavier, en la India, de un padre Claver, en América, y de muchos otros herederos de su valor y sacrificios. En el siglo XVII parecia que este celo se habia acrecentado. Veremos en este siglo una multitud de almas generosas ocupadas en el cargo de dar á conocer á Dios hasta en los países mas remotos. Mientras que ministros llenos de piedad y ardor se abrasaban en deseos de ir á anunciar la palabra divina á las estremidades de la tierra, opulentos particulares trataban de allanarles los obstáculos, fundando misiones, y consagrando considerables sumas para el sosten de una Iglesia naciente. La duquesa de Aiguillon, por limitarnos á un solo ejemplo, tomaba parte en el envio de misioneros á la China, contribuia en hacer edificar iglesias en Quebec, y establecia ministros en Argel. Vióse en este mismo siglo formarse y crecer importantísimas misiones. Vamos á pasarlas en revista, ocupándonos especialmente, segun nuestro plan, en el estado en que se hallaban á principios de siglo XVIII.

Empezaremos por la de Levante, mision que debe, en cierto modo, interesar mas á los Franceses, por quanto el número de religiosos de nuestra nacion era mas considerable en ella, y el gobierno la habia tomado muy particularmente bajo su proteccion. No solamente favorecia Luis XIV la marcha de los misioneros, sino que les prodigaba tambien

los socorros que pudiesen haber menester. Haciales entregar dinero, ya para el alivio de los pobres, ya para la construccion y ornato de las iglesias. Conferiales ademas el título de consul, con la idea de aumentar su consideracion. Sus embajadores en Constantinopla tenian la orden de sostener á los misioneros; de suerte que si sobrevenia alguna persecucion, si vejaba algun gobernador á los cristianos, el embajador reclamaba desde luego en nombre del rey cristianísimo. Todo atestigua todavia en este país los beneficios de Luis XIV. Débese á su solicitud que permitiese el Gran-Señor á los Franceses establecidos en Salónica la abertura de una capilla pública, que se dedicó á san Luis. La intercesion de su embajador impidió que fuesen los Latinos arrojados de la isla de Scio, procurándoles ademas la libertad de conservar un misionero. Por la recomendacion del mismo príncipe, obtuvieron tambien los misioneros un firman, en virtud del cual se establecieron sólidamente en Alepo; los favores, en fin, de que los colmó, hicieron florecer sobremanera esta mision importante, y prepararon la reunion de una inmensa muchedumbre de cristianos separados de la Iglesia romana. Tambien hizo Luis XIV devolver á los cristianos la iglesia de Bethleem, profanada por los Turcos, reparándola y embelleciéndola.

En 1707, ascendia el número de los católicos en Constantinopla á doce mil. Tenian en ella los jesuitas una mision. Uno de ellos el padre Cachod,



de origen Suizo, se consagraba con grande éxito á la conversion de los cismáticos. Habia ya convertido entre otros á muchos Armenios, y visitaba frecuentemente á los esclavos cristianos en los baños. Tenia la santa Sede en Constantinopla un vicario apostólico, para subvenir á las necesidades de los latinos. En Salónica existen diez mil cristianos; los hay tambien en Esmirna; muchos mas en Alepo, cuya mision es la mas antigua, y donde hay religiosos de diferentes órdenes. Segun cierta relacion, se suponen en estas comarcas más de cien mil cristianos; mas se cree que esta cuenta es bastante exagerada. Damasco, Seyde, Antoura, Trípoli, San Juan de Acre, poseen mas, ó menos católicos. Harto es sabido que los Maronitas se reunieron á la Iglesia católica, y que le han permanecido constantemente adictos. Forman estos, en este pais, una cristiandad floreciente. Jerusalem ya no abunda sino en recuerdos. Tal vez son los católicos los menos numerosos de todas las comuniones cristianas. No poseen sino una casa de religiosos, disminuyendo todos los dias la afluencia de peregrinos. Las estorsiones y vejaciones con que los Turcos los agovian diariamente han contribuido mucho á ello.

El catolicismo estaba estendido en Armenia. Habia en este pais un arzobispo, el de Naschivan, el cual dependia inmediatamente de la santa Sede. Los jesuitas habian fundado recientemente en Erzeron una mision, que se dividiera luego en dos,

á causa de la estension que cogia. Empleábanse en ella dos misioneros y encerraba ya un número bastante considerable de católicos. En 1711, un obispo, veinte y dos ministros y mas de ocho cientos personas del rito armenio, se reconciliaron con la Iglesia. En Persia habia tres misiones principales; á saber, la de Ispahan, la de Sirvan y la de Erivan. La primera estaba gobernada por un obispo, en título, que le mandaba la santa Sede. Con frecuencia se oponian grandes obstáculos á estas misiones; ora por parte de los cristianos no unidos con la Iglesia romana, ora por la de los sectarios de Mahoma; mas en medio de estos obstáculos daban los católicos muestras de una resignacion y constancia que triunfaba ordinariamente de todos sus enemigos. Sesenta años habia que se hubo erigido en estas comarcas una nueva silla episcopal: débese esta ventaja á una señora francesa. Madama de Gué de Bagnols, viuda del señor Ricouart, dió para la fundacion del obispado de Babilonia, una suma de 66,000 francos, pidiendo únicamente que fuese su obispo el P. Bernardo de Santa Teresa, religioso, en el cual habia depositado toda su confianza. Fué efectivamente nombrado este religioso, el cual se puso en marcha para la Persia, donde empezó sus funciones, que tuvieron al principio los mas felices resultados. Mas habiendo sido con el tiempo denunciado, por poco pierde la vida. Regresó á París, donde murió, en 1669. Picquet fué uno de sus sucesores, prelado muy distinguido,



tanto por sus talentos, como por su celo. Habia sido, durante mucho tiempo, consul en Alepo, donde habia rendido á sus compatriotas y á la cristiandad servicios señalados. Por su piedad se le juzgó digno de ocupar algun rango en la Iglesia. Fué consagrado en 1677, como obispo de Cesaro-ple, y coadyutor de Babilonia. Partióse á Persia revestido de esta calidad, y obtuvo grandes ventajas en favor de los cristianos. Feneció muchos años despues, universalmente echado de menos á causa de sus trabajos y calidades. Hasta estos últimos tiempos ha tenido sucesores el obispado de Babilonia. Hanse verificado en diferentes épocas conversiones de Armenios, Nestorianos, Jacobitas, ó Eutiquianos á la Iglesia católica. Tambien hay algunos fieles en la Georgia y la Mingrelia.

Créese que el apostol santo Tomás predicó la fe en las Indias; lo cierto es que, cuando los Europeos llegaron á estos paises, despues de haber descubierto el cabo de Buena-Esperanza, encontraron en ellos algunas pálidas huellas de cristianismo. Los Portugueses, que fueron los primeros en desembarcar, levantaron allí muchos establecimientos, en los cuales no se olvidó la religion. Erigióronse muchas sillas episcopales. El arzobispo de Goa tiene el título de primado de las Indias; esta ciudad es enteramente católica. Consérvase en ella el cadaver de san Francisco Xavier, á quien se considera como el apostol y protector de este pais. La diócesis de Goa encierra como unos cuatro cien-

tas mil almas. La de Cochin no ofrece sino unas cincuenta mil. El obispado de San-Tomé en la costa de Coromandel abraza un inmenso territorio y encierra mas católicos que todo el resto de la India. Pondichery pertenece á esta diócesis. Esta ciudad, en cuya posesion están los franceses, estaba administrada, por lo que toca á lo espiritual, por los jesuitas, capuchinos y ministros de la mision, llamados de san Lázaro. El arzobispo de Cranganor, en la misma costa de Goa, se estiende muchísimo tierra á dentro. Limitábanse, mucho tiempo hacia, los misioneros en predicar el Evangelio en estas costas, y dirigir á los cristianos que vivian en los establecimientos europeos. Mas, á lo que parece, los jesuitas se atrevieron á penetrar los primeros casi en el interior de la isla. Formaron tres misiones: una en el Maduré, otros en el Mayssour y otra en el Carnate. A principios del siglo XVIII, florecian bastante estas misiones; pero seria muy difícil apreciar el número de cristianos que se hallaban en ellas. Parece que su número se acrecentaba cada dia; merced á los cuidados de los apóstoles evangélicos que recorrian el pais.

En la península de Malaca estaba el arzobispo de este nombre; el cual no era sino titular, desde que los Holandeses se habian apoderado de este pais.

La mision de Siam habia sido fundada por los Franceses y hace su origen demasiado honor á su celo, para que dejemos de mencionarla aquí estensamente. Habiéndose imaginado que la creacion



de obispos en los países de la mision seria muy util á la propagacion de la fe, muchos eclesiásticos franceses se fueron á Roma, por los años de 1650 para la ejecución de este proyecto. La proteccion de la duquesa de Aiguillon les procuró la del cardenal Bagni, nuncio que fuera en Francia. Alejandro VII acogió á los virtuosos sacerdotes, que iban á consagrarse á la obra de las misiones, y eligió de entre ellos, á dos obispos; Pallu, al cual nombró obispo de Heliópolis y vicario apostólico de Tong-King, y de la Mothe Lambert, á quien hizo obispo de Beryta y vicario apostólico de Cochinchina. Poco tiempo despues fué creado Cotolendy, obispo de Metellópolis y vicario apostólico de Nankin. Estos tres prelados partieron sucesivamente, acompañados de muchos misioneros, mas atravesáronse cien diferentes circunstancias que les impidieron llegar á su destino. Cotolendy pereció: halláronse los otros dos reunidos en Siam, y juzgaron, de acuerdo con los demas misioneros, que esta ciudad ofrecia comodidades para ser el centro de las misiones, y punto de comunicacion con Europa. De aquí es que escribieron á Roma para obtener la administracion espiritual de estas comarcas, y el Papa mandó en efecto que el sucesor del obispo de Metellópolis residiese en Siam, tomando especial cuidado acerca de los países adyacentes. No fué nada ociosa la mansion de los obispos en Siam. Habiéndose grangeado la voluntad del rey, consiguieron de él un terreno bastante vasto, junto á la ciudad,

donde edificaron una iglesia y un seminario. Recibióse en este edificio á muchos catequistas de la Cochinchina y del Tong-King, eligiendo con especial cuidado á los mas virtuosos y avanzados en edad de entre ellos, para prepararlos al estado eclesiástico. Erigióse á la par un colegio para la educacion de los hijos de los cristianos. Por último construyeron, no lejos del seminario, un hospital para los enfermos pobres. Recibíanse en él tantos, como fuese posible, y se daban gratuitamente las medicinas á aquellos á quienes no podia admitir el establecimiento: Tan afortunados principios tuvieron que arrostrar algunas borrascas; con todo el seminario de Siam ha subsistido siempre, y ha dado celosos misioneros, que desde allí se han derramado por todas las comarcas del oriente. Siam ha tenido constantemente vicarios apostólicos que han consolidado en ella el establecimiento de la religion. De la Mothe-Lambert, del cual hemos hablado ya, fué sobre manera util á esta mision ya por su celo, ya por la benevolencia, que le dispensaba el monarca del país. Laneau, su sucesor, con el título de obispo de Metellópolis, estableció cinco iglesias mas en el reino; tuvo la satisfaccion de verse preso, y no salió de la carcel sino con la idea de trabajar con mas conato en la conversion de los infieles. De Cicé, nombrado para reemplazarle en 1700, habia sido primeramente misionero en el Canadá, y despues en Oriente. Fué consagrado obispo de Sábula en 1701, y siguió las





huellas de sus predecesores. La proteccion de Luis XIV no habia contribuido poco á las ventajas obtenidas por todos estos obispos. Conferiales el título de legados de sus negocios, título que les servia frecuentemente para sustraerse á grandes peligros.

La mision de la China era á principios del siglo XVIII una de las mas considerables y florecientes, debiendo estas ventajas á la asociacion de afortunadas circunstancias. Durante el siglo XVII ya habian penetrado sucesivamente en la China infinitos religiosos. Los domínicos fueron arrojados de ella, mas de una vez: mas afortunados los jesuitas permanecieron constantemente en este pais. Uno de ellos, el padre Ricci, estableció esta mision, la cual continuaron religiosos de la misma compañía. Desde 1680, en especial, pasaron desde Europa á la China una multitud de estos religiosos. No tenian entonces mas que dos casas, una en Pekin, y otra en Canton. En esta época levantaron otros establecimientos en diferentes provincias, y edificaron iglesias. Estos progresos ocasionaron desde luego algunas quejas; mas la proteccion del emperador hizo frente á estos obstáculos. Era este príncipe Kang-Hi, el cual se manifestó siempre favorable á los misioneros. Su aficion á las ciencias le hacia acoger á unos hombres en quienes encontraba conocimientos superiores á los de sus vasallos. Los jesuitas en Pekin se consagraban á la enseñanza de las matemáticas, de la astronomía y geo-

grafia; dirigiendo á los Chinos con respecto á este particular. Recibióles Kang-Hi en su palacio, los admitió en sus tribunales, y los favoreció con su confianza. Los padres Bouvet, Gerbillon, Parenin y muchos otros, eran hombres instruidos, los cuales, aun cuando se ocupaban en las ciencias, no olvidaban los intereses de la religion. Los jesuitas portugueses tenian ya muchas iglesias. Contábase mas de ciento en la sola provincia de Nankin, y á lo menos cien mil cristianos. El favor que los jesuitas franceses obtenian del emperador multiplicó las misiones. Derramáronse por las provincias, y estendieron la predicacion del Evangelio por lugares donde no hubiese penetrado todavía. Nuevos misioneros franceses llegaron á la China por los mismos tiempos. Acababa de formarse el seminario de las misiones estrangeras, y ya empezaba á dar misioneros para el Oriente. Uno de los vicarios apostólicos que hemos nombrado, Pallu, obispo de Heliópolis, desembarcó en la provincia de Fo-Kien con algunos misioneros. A fin de regularizar los trabajos de todos estos apóstoles evangélicos, dividió el Papa entre ellos las diferentes provincias de aquel vasto pais. Así que, los jesuitas, domínicos, franciscanos y ministros del seminario de las misiones estrangeras, tuvieron cada congregacion señalado su territorio. En 1698 y 99 nombró el Papa obispos y vicarios apostólicos para cada una de las provincias donde habia sido introducido el Evangelio. El obispo *in partibus* de Ar-



goli, religioso franciscano, fué consagrado obispo de Pekin, por haber juzgado el Papa muy á propósito erigir la capital del imperio en obispado en título. De Lionne, eclesiástico frances, el cual habia desvanecido las esperanzas de su familia, consagrándose á los trabajos de la mision; tenia ya el título de obispo de Rosalia, y fué nombrado vicario apostólico de la provincia de Sut-Chuen; mas fuése á Roma, y procuró hacer reemplazar su destino por cuatro misioneros. El padre Basilio, franciscano, fué vicario apostólico del Chen-Si; el padre Alcalá, dominicano, lo fué de Tche-Kiang. El padre Turcotti, jesuita, obispo de Andreville, gobernaba el Kue-Tcheu; el padre Ponsatery, jesuita tambien; estaba encargado del Cham-Si; Maigrot, obispo de Conon, era vicario apostólico de Fo-Kien, y el padre Benavente, agustino, obispo de Ascalon, tenia bajo su jurisdiccion el Kiang-Si. Este arreglo, señalando á cada uno su distrito, prevenia todo conflicto de autoridad, y favorecia la propagacion de la fe. Con esto se formaron en esta época muchas misiones nuevas. Tanto los tribunales como los mandarines contemplaban con desagrado estos progresos; mas se veian precisados á reprimirse, á causa de la constante benevolencia del príncipe para con los jesuitas. Hasta los mismos Portugueses procuraban mil obstáculos á la entrada de tantos misioneros, no siendo de su nacion, por quanto temian que la introduccion de estos estrangeros acarrease al fin algun menoscabo á sus intereses políticos. Acos-

tumbrados á penetrar solos en China, vieron con zelos la llegada de vicarios apostólicos franceses, y el rey de Portugal espidió un decreto para prender á todos los que no fuesen allá á bordo de embarcaciones portuguesas. Y efectivamente fueron arrestados muchos en Macao. Estos zelos nacionales dañaron mas de una vez los esfuerzos de los apóstoles evangélicos. Mas la fuente mas abundante de disturbios en semejantes misiones manó de donde menos debia esperarse. No nos es dado abstenernos de entrar en algunos pormenores acerca de este particular, con tanta mas razon, cuando se tratará en el curso de este escrito de esas desagradables disputas, para cuyo término emplearon sus conatos muchos Papas.

Cuando el padre Ricci, jesuita, llegó á la China, habia adoptado al principio las maneras sencillas y humildes de los bonzes. Mas, poco tiempo despues, aconsejado por los mismos mandarines, se vistió de seda, se hizo conducir en una poltrona, y adoptó las demas usanzas del pais. Los demas jesuitas hicieron lo mismo, y parece que al cabo todos los misioneros siguieron el propio ejemplo. Sin duda que nadie les acusará de haberse dejado llevar por un sentimiento de vanidad ridícula. Hombres que se condenaban á sí mismos á una vida austera, no deben ser acusados ligeramente de obrar por un motivo tan mezquino y despreciable. Ellos juzgaron á lo que parece que su ministerio estaba rodeado de una especie de abjeccion; y que era necesario ha-



lagar las preocupaciones de aquellos, cuya confianza trataban de merecerse. Por la misma consideracion consintieron algunos misioneros que los nuevos cristianos conservasen algunas prácticas con las cuales estaban muy avenidos. Persuadióse Ricci que la doctrina de Confucio acerca de la naturaleza de Dios no diferia mucho de la del cristianismo, que no era el cielo material y visible el que debian adorar sus secuaces, sino el señor del cielo, el verdadero Dios, y que los honores tributados á sus antecesores, las prosternaciones, y hasta sacrificios en su memoria, no eran en la doctrina de Confucio, sino ceremonias civiles y testimonios de piedad filial, que no arrojaban de sí nada de idolatría ni supersticion. La mayor parte de los jesuitas adoptaron la opinion y práctica de Ricci. No repetiremos aquí lo que se ha divulgado relativamente á este misionero; esto es, que su condescendencia para con las preocupaciones de los Chinos llegó hasta á disimularles el misterio de la cruz, y ocultarles este signo augusto. Semejantes calumnias fueron inventadas por los enemigos de los jesuitas, y la defensa que hacemos de ellos sobre este punto debe ser tomada en tanta mayor estima, cuando vamos á conceder que obraron muy mal con respecto á otros. Sea como fuera, lo cierto es que el modo de pensar de Ricci habia prevalecido entre sus cofrades, cuando los dominicos, introducidos en la China, se declararon por un modo de pensar contrario. No consideraron es-

tos la doctrina de Confucio tan inocente como se quería dar á entender; pretendieron que él y sus discípulos no distaban mucho del ateismo, que los Chinos no reconocian en el fondo sino el cielo material, y que los honores tributados á sus abuelos ofrecian un caracter irrefragable de supersticion é idolatría. Por último delataron á los jesuitas en Roma, y, á causa de su esposicion, prohibió un decreto de la propaganda, en 1645, las ceremonias chinas hasta que hubiese fallado este asunto la santa Sede. Quejéronse los jesuitas de este decreto, y presentaron otra esposicion, en virtud de la cual otro decreto de 1656 permitió la observancia de las prácticas en cuestion; con tal que se especificase que eran puramente civiles y políticas. Estas disposiciones contradictorias, en vez de acallar estas disputas, no hicieron sino activarlas, y se agitó de nuevo la controversia en los años de 1669 y 74. Despues de esta época precisamente, tomaron las contestaciones un caracter mucho mas grave. Los ministros del seminario de las Misiones estrangeras, recientemente fundado en París, penetraron en la China, y se declararon tambien contra la práctica de los Jesuitas. Uno de sus mas activos antagonistas fué Maigrot, vicario apostólico despues del Fo-Kien, y obispo de Conon. El 26 de marzo de 1693 publicó una orden en la que se hallaba lo siguiente: 1º Ordenaba que se sirviera para señalar á Dios, de la palabra *Tien-chu*, señor del cielo, y prohibia las de *Tien y Xamti*, cielo y empe-